

Estado. Por fin, en Enero de 1867 se dirigió con el grueso de sus fuerzas al Estado de Puebla, dejando el cargo de Gobernador del Estado, al Gral. Alejandro García.

VIII

Ya en el Estado de Puebla, Porfirio Díaz organizó una formal campaña. Ante la noticia de su aproximación huían las fuerzas imperialistas de las poblaciones poblanas.

Maximiliano, desesperado, envió á un emisario cerca del Gral. Díaz; éste lo rechazó indignado, y le manifestó que no podía tener relaciones algunas con el austriaco, sino las que permiten la ordenanza y leyes militares, respecto del enemigo.

Al fin del mes, el Gral. Díaz estableció su cuartel general en Huamantla; pero careciendo de fondos, solicitó un préstamo de los acomodados de la población, por valor de \$30,000. Ellos se rehusaron, y en cambio le ofrecieron un donativo voluntario que ascendía á la mitad de lo pedido. El general en Jefe lo aceptó, y después de la toma de Puebla les reintegró todo el dinero. En Huamantla expidió una patriótica proclama para alentar á su valiente y sufrido ejército. En él figuraban los Grales. Alatorre, Juan N. Méndez, Carreón, Gon-

zález, Figueroa, Rodríguez Bocardo, Bonilla, Lucas, Cravioto, Mier y Terán y Toro, y los coroneles Espinosa y Palacios.

Hay que citar el nombre del patriota D. Cirilo Gil que en Ixcaquistla dió al general en Jefe un auxilio de diez mil pesos.

El 9 de Marzo, el Gral. Díaz estableció su cuartel general en el Cerro de San Juan, emprendiendo el sitio de Puebla, plaza defendida por el general imperialista Noriega, la que en concepto de Bazaine, podría ser defendida por la tercera parte del ejército imperialista.

Por fin, el 2 de Abril de 1867, el héroe inmortal que hoy nos gobierna, ocupó á Puebla. Cedo aquí la palabra á un testigo ocular del glorioso hecho de armas.

“El ejército de Oriente, dice *El Globo* de 2 de Abril de 1868, descendió al valle de Puebla el 7 de Marzo. No había obrado aún el movimiento de concentración que reunió poco después bajo los muros de la ciudad de Zaragoza á una considerable parte de las fuerzas que defendían la independencia en la parte oriental de la República. Cuando el Gral. Díaz se presentó á las puertas de aquella plaza, sus tropas, si mal no recordamos, se aproximaban apenas á 3,000 hombres. No fué su idea, según hemos entendido, poner un asedio á la ciudad: en vista de la inferioridad numérica de su ejército y de los elementos de guerra, creyó

que el enemigo saldría á su encuentro, y he aquí por qué en la mañana del 8 de Marzo tendió sus tropas en batalla á la falda del Cerro de San Juan.

“La guarnición imperialista, lejos de aceptar el reto, se encerró dentro de su línea de fortificación. Para establecerla y reforzarla se habían aprovechado las lecciones del famoso sitio sostenido contra el ejército francés cuatro años antes. El centro de la ciudad estaba ceñido con una formidable línea de barricadas y baluartes erizados de artillería. Puebla había sido, durante mucho tiempo, una especie de depósito militar para el ejército de la intervención. Pocos meses antes se había recibido de Europa una enorme cantidad de pertrechos destinados para los voluntarios austriacos, y los almacenes de la plaza rebosaban literalmente de armas, de municiones y de víveres.

“El Jefe del Ejército de Oriente contaba con un número de fuerzas mezquino relativamente á la empresa de cercar la ciudad y de reducirla á un formal asedio. Le faltaba casi toda la artillería, y esto por la sencilla razón de que se había armado con los despojos del enemigo, y de que los austriacos y traidores, derrotados en Miahuatlán y la Carbonera, no llevaban artillería de batalla ni de plaza. Seis pequeñas piezas rayadas, botín recogido en la segunda de aquellas dos victorias, constituían casi todo el material del ejército que comenzó á sitiar á Puebla en los primeros días de

Marzo del año pasado. Los defensores de la plaza lo sabían y se consideraban seguros trás de su línea terriblemente artillada.

“El jefe sitiador no vaciló, sin embargo, en comenzar las operaciones, y sus primeras medidas introdujeron algún desconcierto en el enemigo. Con el recuerdo de los rudos ataques que en el sitio de 63 sufrió la parte occidental de la ciudad, se procuró dar por aquel lado un carácter inexpugnable á las fortificaciones. Una mañana, de improviso, los defensores de la plaza vieron establecidos á los sitiadores á poca distancia sobre un torreón artillado que dominaba la línea de defensa. Era un gran horno de cal. El Gral. Díaz lo había mandado macizar con escombros durante la noche, y hecho subir á aquella torre improvisada algunas de las piezas ligeras de que antes hablamos. Por este medio las fuerzas sitiadoras se encontraron protegidas en su avance progresivo al interior de la plaza, y la guarnición de ella vió nulificada la ventaja que le daba la principal de sus líneas de defensa, comprendiendo el peligro de que fuese cortada la extremidad de aquella línea que remataba en el convento del Carmen.

“La perspicacia y la actividad fabulosa del general en Jefe, continuaron supliendo el número de las tropas y pertrechos. Presente, en virtud de una cuasi ubicuidad, donde quiera hacía avanzar las operaciones por todos lados. Escapando á ve-

1020003003

ces por maravilla del fuego enemigo, con el sombrero y el vestido acribillado de balas; salvado por milagro en otras veces de entre los tizones ardiendo y de las ruinas de un edificio desplomado, el Gral. Díaz logró en la segunda quincena de Marzo, avanzar en los trabajos de sitio, lo que el ejército francés no pudo durante dos meses. Pero al aproximarse el de Abril, una emergencia grave vino á hacer crítica en extremo la posición del ejército sitiador. D. Leonardo Márquez salió de México con fuerzas respetables y con un gran tren de artillería para salvar á la guarnición imperialista, acorralada en Puebla. Este socorro había sido ofrecido diariamente al jefe de la plaza, y solo así se explica la tenacidad de la resistencia. El 1.º de Abril, el ejército republicano se hallaba ante un enemigo seguro trás de sus fortificaciones, á la vez que envalentonado con la proximidad del auxilio, y otro enemigo á la espalda y á distancia de muy pocas leguas.

“En circunstancias semejantes, el Jefe del ejército de Oriente había tomado el partido de sostener el sitio de Oaxaca con una corta fuerza, y de volverse sobre el refuerzo que iba á socorrer la plaza sitiada, desbaratándolo por medio de un golpe fulminante. Aquel partido no era practicable esta vez. El número y la calidad de algunas de las fuerzas no se prestaban á la división; pero lo más grave de todo, el depósito de municiones del

ejército, no permitía sostener las operaciones del sitio y presentar á Márquez batalla, deteniéndole en algunas de las gargantas que dan entrada al valle de Puebla.

“En estas circunstancias, una persona que en el cuartel general se había inclinado siempre á la idea de levantar el sitio y mover el ejército de Oriente hacia Querétaro, para vencer cuanto antes la resistencia que oponía esta última plaza, decía al que esto escribe, en la mañana del 1.º de Abril, conversando ambos en el alfeizar de una ventana, desde donde se dominaba el valle y la ciudad sitiada, algunas palabras que revelan la disposición moral en que se hallaban los espíritus: “Mis predicciones, decía, tocan á su realización: el avance de Márquez prueba que nada tiene que temer del lado de Querétaro, á la vez que la República puede sufrir allí un rudo golpe. Mañana tendremos acaso que emprender la retirada hacia el rumbo de Oaxaca, con un ejército desmoralizado y perseguido por las fuerzas reunidas de Márquez y de Noriega.”

“Esta conversación la interrumpieron los clarines y tambores de las reservas formadas al pie del Cerro de San Juan, haciendo los honores de costumbre al general en Jefe, que después de recorrer las líneas volvía al cuartel general con su Estado Mayor. Las miradas y los ademanes de todos eran inquisitivos al derredor del Gral. Díaz;

todos procuraban hallar en su semblante y en sus palabras, la clave del enigma penoso que preocupaba los espíritus. ¿Se apelaría al remedio triste, pero prudente, de la retirada? ¿Se ensayaría, como en La Carbonera, uno de esos medios audaces, cuyo éxito no se repite fácilmente? Esta era la alternativa en que fluctuaban los ánimos desaseados y perplejos. La idea de asaltar la plaza sin artillería, sin municiones y con tropa de cuya moral no se podía responder en aquellos momentos, esa idea que parecía rayar en los límites de la demencia, y que solo vista con el prisma de genio podrá perder sus vicios de insensatez, esa idea decimos, parecía eliminada de todas las conjeturas.

“El Jefe del ejército sitiador se presentó en el Cuartel General. La jovialidad característica de su semblante no se había alterado en lo más mínimo: él era el único cuyo entrecejo no presentaba los pliegues de la preocupación. Se sirvió el almuerzo y los comensales guardaban, no ese silencio que caracteriza los primeros momentos de una comida entre convidados de buen apetito: los bocados se llevaban con lentitud á la boca: era el silencio de la cavilación. Solo el general en Jefe parecía comer con apetito, y sonreía con su afabilidad habitual. Por fin, como si hubiera querido disipar las preocupaciones que percibía en derredor suyo, dijo al que escribe estas líneas, que hacía los hono-

res de la mesa: “Tengo presentimiento de que celebraremos el aniversario del 5 de Mayo, si no dentro de la capital de la República, al menos en sus inmediaciones.” Estas palabras, dichas sin énfasis, sin segunda intención aparente, y desenvueltas en varias frases de que se desprendía que en la mente del Jefe sitiador, la proximidad de Márquez á Puebla, no venía á eclipsar la buena estrella del ejército de Oriente; estas palabras, decimos, disiparon las sombras de todos los espíritus, y los concurrentes al almuerzo se levantaron con el ánimo y el semblante más serenos.

“El Gral. Díaz se retiró trás esto á su recámara, que era la misma que habitó durante el sitio de 63 el Gral. Forey, y desde donde el jefe de los franceses dirigió todas las operaciones del gran sitio. Los jefes de la línea fueron llegando sucesivamente, y la tarde se ocupó en un consejo secreto en cuanto á sus pormenores, pero transparentes por demás, porque las apariencias todas permitían ya suponer que no se organizaba un movimiento retrógrado, sino por el contrario, uno de esos arranques de audacia y de brío que producen una influencia de entusiasmo eléctrico en los ejércitos. La serenidad y la fe del general en Jefe habían cundido en todos sus subordinados: la admiración y la alegría entre los ayudantes y los jefes de líneas y de cuerpos, convocados al Cuartel General, eran un sentimiento, presagio de sucesos faus-

tos. En las primeras horas de la noche no era ya un misterio que estaba decidido el asalto.

“Sonaron las cuatro de la mañana. Un lienzo empapado en espíritu de trementina y tendido de un ángulo á otro de la casa que corona el Cerro de San Juan, ardió de improviso, y como si hubiera sido un botafuego que obrara en toda la extensión de la línea, la artillería comenzó á jugar sobre la plaza, prolongando sus disparos por cerca de una hora, y dejando apenas percibir la descarga de fusilería y los clamores de los combatientes por todos los lados de la ciudad. Una hora después se recibió en San Juan un parte del general en Jefe, comunicando que la plaza estaba en su poder, y dando las primeras instrucciones para organizar la situación.

“El que esto escribe, penetró al interior de la ciudad ya que la luz del sol alumbraba la escena. La victoria había dejado en las calles su rastro de sangre y de muerte. Un reguero de cadáveres y de heridos marcaba el paso de los batallones al asalto. Trece columnas habían penetrado por distintos puntos. Los que lograron vencer primero la resistencia de la línea fortificada, tomaron por la espalda á los que todavía se defendían y decidieron el éxito de la lucha. Trás una hora escasa de combate, las columnas todas, mermadas por la metralla y por las bayonetas, se reunieron en la Plaza de Armas de Puebla. El Gral. Díaz estaba

en medio de ellas, reorganizándolas y haciendo conducir á aquel lugar toda la artillería abandonada por el enemigo.

—“General, le dijo el que esto escribe. ¿De qué puedo servir en estos momentos?”

—“Ayude vd. á mi secretario, contestó: el orden debe ser la corona del triunfo.

“Entre los que acompañaban al General Díaz y habían penetrado de los primeros á la plaza, se encontraba la persona misma que la víspera había tenido con el que traza estas líneas la triste conversación que arriba referimos. Dirigióse al que suscribe, tendiéndole una mano en ademán de felicitación, y señalando con la otra al General Díaz, le dijo en voz baja:

—“¡Este hombre es un genio!”

“Y lo parecía á fe, en aquella escena. Era, no solo el genio de la guerra, sino el genio del orden y de la paz. Aquellos torrentes de muerte, de cólera y de exterminio que por trece puntos distintos se habían precipitado sobre la ciudad, arrollando toda resistencia, estaban inmóviles y sublimes en la plaza central ante el jefe del ejército; ni una violencia, ni un acto de rapacidad, ni un clamor siquiera de ira y de venganza. Sin la huella de sangre y de muerte que habían dejado en las calles las columnas, los restos de éstas, formadas en la plaza con el arma al brazo, hubieran parecido más bien la guarnición de una ciudad que se pre-

para á celebrar una fiesta patriótica por medio de un alarde militar. El orden coronó el triunfo, conforme al deseo del General en Jefe, las ventanas y balcones estaban llenos de señoras, de niños que contemplaban aquella admirable alianza entre la paz y la guerra, presidida por el genio tutelar del orden y la moralidad.

“El día 2 de Abril de 1867, fue un gran día para México. Difícil hubiera sido imaginar un regreso más heroico de las tropas republicanas á la ciudad de Zaragoza, ni un más digno desquite del 17 de Mayo de 1863. Jamás el valor y la dignidad del carácter mexicano se han elevado á tanta altura.

“No cabe en los estrechos límites de un artículo conmemorativo el apreciar la trascendencia que tuvo el asalto de Puebla en el desenlace final de la guerra contra la intervención monárquica. El noble interés del episodio heroico que tuvo lugar hace un año en la ciudad de Zaragoza, ha entrado por mucho en el propósito que abrigamos desde hace tiempo, de escribir la historia de la campaña de Oriente, y entonces tendremos ocasión de demostrar cómo un desastre en Puebla hubiera aplazado por un largo período la restauración del orden legítimo, haciéndola más difícil y laboriosa.

“Nuestro objeto por hoy ha sido solo consignar en este artículo los más vivos entre nuestros recuerdos, relacionados con el asalto de Puebla y

dirigir un saludo cordial á los héroes de aquella memorable jornada.”

El General Díaz al ocupar la plaza de Puebla, perdonó á sus prisioneros de Oaxaca y Puebla.

En el momento mismo de asegurar la libertad de los vencidos, aseguró su propia felicidad: firmó poder amplio para contraer matrimonio con la virtuosa y bella Srita. Delfina Ortega.

El amor había influido poderosamente sobre el valiente vencedor de los imperialistas. Al devolverles su libertad, emocionado y con las lágrimas en los ojos, les dijo:

“La Nación ha juzgado la causa del imperio; pero no se hará justicia, sino olvidando los extravíos de sus hijos; quedan vdes. en libertad. No he nacido para carcelero ni para verdugo.”

IX

Después del glorioso triunfo del 2 de Abril, Márquez salió violentamente de la capital á atacar al ejército republicano. Pero en la hacienda de San Diego Notario, las tropas liberales le cortaron el paso, logrando que el día 9 se hallase en la hacienda de San Lorenzo, sin esperanza de salvación. Entonces se decidió á escapar, y comenzó á desbandar sus fuerzas, para desorganizar el ataque